

PUBLICACIÓN ANTICIPADA EN LÍNEA (Versión previa a la diagramación). La Revista Tesis Psicológica informa que este artículo fue evaluado por pares externos y aprobado para su publicación en las fechas que se indican en la siguiente página. Este documento puede ser descargado, citado y distribuido, no obstante, recuerde que en la versión final pueden producirse algunos cambios en el formato o forma.

Intervenciones psicosociales en comunidades: aportes desde el psicoanálisis¹

Nadir Lara Junior²
Cynara Teixeira Ribeiro³

Como citar este artículo: Lara Junior, N. & Teixeira Ribeiro, C. (2024). Intervenciones psicosociales en comunidades: aportes desde el psicoanálisis. *Tesis Psicológica*, 19(1). <https://doi.org/10.37511/tesis.v19n1a9>

RESUMEN: Este artículo propone una reflexión teórico-metodológica sobre las formas de intervención psicosocial en comunidades y los aportes que el psicoanálisis freudo-laciano puede ofrecer a este campo. Para ello, partiremos de nuestra experiencia profesional y académica, así como de una revisión bibliográfica sobre el tema de la psicología social comunitaria. Nuestro objetivo es fundamentar una propuesta praxeológica de intervención con comunidades y, para ello, utilizaremos algunos conceptos e ideas relevantes basadas en el psicoanálisis que nos permitan reflexionar sobre la práctica interventiva de los psicólogos y otros profesionales que trabajan en el campo social. En este texto dialogamos con autores como Jacques Lacan, Slavoj Zizek y Chantal Mouffe.

Palabras clave: sujeto, demanda x deseo, tercera vía, identidad colectiva, psicología social comunitaria.

¹ Este artículo corresponde a su Traducción al idioma español del artículo original publicado en portugués por parte de la Revista Psicologia & Sociedade, artículo titulado “INTERVENÇÕES PSICOSSOCIAIS EM COMUNIDADES: CONTRIBUIÇÕES DA PSICANÁLISE, 21(1): 91-99, 2009. Recibido: 13/12/2007 1º. Revisión: 23/06/2008 Aceptación definitiva: 29/06/2008. Artículo original disponible en <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=309326582011>

² Doctor en Psicología Social; Investigador Independiente y trabaja como Psicoanalista en su consultorio en Curitiba- Brasil. Profesional en Psicología de la Universidade São Marcos/SP. Maestría y Doctorado en Psicología Social de la Pontificia Universidad Católica de São Paulo. Becario CNPq. Correo electrónico: nadirlj@hotmail.com

³ Doctora en Psicología; Profesora Asociada en la Universidad Federal del Rio Grande del Norte. Profesional en Psicología de la Universidad Federal de Rio Grande do Norte. Maestría en Psicología Social de la Pontificia Universidad Católica de São Paulo. Becario CNPq. Correo electrónico: cynara_ribeiro@yahoo.com.br

RESUMO: Este artigo propõe uma reflexão de cunho teórico-metodológico sobre as formas de intervenção psicossocial em comunidades e as contribuições que a psicanálise freudo-lacanianana pode oferecer a esse campo. Para tanto, nosso ponto de partida será, além de uma revisão bibliográfica sobre o tema na psicologia social comunitária, a nossa experiência profissional e acadêmica. Nosso objetivo é fundamentar uma proposta praxiológica de intervenção com comunidades e para isso utilizaremos alguns conceitos e ideias relevantes pautadas na psicanálise que nos possibilitam refletir sobre a prática interventiva dos psicólogos e também de outros profissionais que atuam na área social. Neste texto dialogamos com autores como Jacques Lacan, Slavoj Žižek e Chantal Mouffe.

Palavras-chave: sujeito, Demanda x desejo, terceira via, identidade coletiva, psicologia social comunitária.

Introducción

Esta reflexión es fruto de nuestro trabajo en comunidades y de nuestra participación en conferencias, minicursos y cursos en congresos y otras instituciones, especialmente en el Centro de Psicoanálisis y Sociedad de la Pontificia Universidad Católica de São Paulo. En estos ambientes, interactuamos con residentes de las comunidades y también con estudiantes de grado y posgrado, así como con profesionales de diversas áreas del conocimiento que llevan a cabo proyectos en el ámbito social y comunitario.

Fue a partir de estos contactos que nos dimos cuenta tanto de la necesidad de las diversas comunidades de conectarse con profesionales más capaces de escuchar sus demandas, como de la búsqueda, por parte de estudiantes de grado y posgrado, psicólogos y otros profesionales, de un marco teórico-metodológico que les permitiera actuar de manera más profesional y ética en contextos sociales y comunitarios.

Ante esta percepción, realizamos una minuciosa revisión bibliográfica sobre el tema, a partir de la cual encontramos que algunos autores de la psicología comunitaria reconocen que uno de los aspectos fundamentales que debe caracterizar el trabajo del psicólogo social es contar con una formación teórico-metodológica que le permita escuchar los saberes y construcciones sociales que existen en la vida cotidiana de las comunidades (Freitas, 1994; Montero, 2004). Esto se debe a que solo a través de dicha formación teórico-metodológica el profesional podrá realizar su trabajo, ya sea valorando, cuestionando y/o potenciando dichos constructos.

Sin embargo, uno de los problemas encontrados es que algunos profesionales que llegan a las comunidades suelen llevar consigo sus valores para juzgar el *modus vivendi* de la comunidad, lo que genera prejuicios y críticas que impiden una mayor comprensión de ese grupo social en particular. Por supuesto, esto no significa que los psicólogos no puedan cuestionar al grupo; al contrario, esta es una de sus principales funciones. Para esto, sin embargo, es necesario conocer los constructos que existen en ellos (sin imponerles valores de otras clases sociales, grupos, etnias, religiones, etc.), además de contar con un marco teórico-metodológico sólido que pueda orientar su comprensión de la realidad y, a partir de ella, sus posibilidades de acción. Otro problema que se observa en el contexto de las intervenciones psicossociales en comunidades es que gran parte del trabajo que allí se realiza, con el tiempo, termina priorizando el aspecto académico. En otras palabras, las metodologías desarrolladas priorizan el estudio en el ámbito universitario⁴¹ y, como

⁴ Como ejemplo de este hecho cabe destacar el desarrollo de la metodología de investigación denominada Investigación-Acción o investigación que prevé, en su estructura, la acción directa del psicólogo en la comunidad, y el relato reflexivo de su acción puede convertirse en su

tales, carecen a menudo de aplicabilidad en el campo de las realidades sociales. A nuestro juicio, este hecho, ya señalado por diversos autores (Achcar et al., 2001; Álvaro & Garrido, 2003; Figueiredo, 1998; Rodríguez, 1997), prueba la disociación entre teoría y práctica en el campo de las llamadas ciencias humanas y, en particular, en la psicología.

Es evidente que una afirmación de este tipo puede generar mucha polémica, pero hemos partido tanto de los informes de los tres grupos con los que tenemos contacto (la comunidad, los estudiantes y los profesionales) como de gran parte de la literatura existente sobre el tema para continuar nuestra argumentación, diferenciando didácticamente a los “psicólogos sociales profesionales” de los “psicólogos sociales académicos”².

Los primeros, los “psicólogos sociales profesionales”, debido a que sus objetivos se centran en la acción directa en las comunidades o instituciones, priorizan la intervención, relegando muchas veces la necesidad de un soporte teórico-metodológico que respalde su práctica, cayendo así, a menudo, en una especie de “activismo irreflexivo” que genera conformismo con la realidad, escepticismo, desánimo, etc. Uno de los factores que pueden generar este “activismo” es la falta de investigación y apoyo suficientes para orientar una acción más crítica y reflexiva por parte de estos profesionales, así como la escasa formación ofrecida en la mayoría de los cursos de pregrado, que a menudo presentan contenidos desfasados de la práctica y “técnicas milagrosas” que sustituyen a la reflexión crítica.

Por otra parte, los “psicólogos sociales académicos” tienen sus objetivos, en la mayoría de las ocasiones, centrados en el estudio, la investigación y la docencia, por lo que casi toda la inversión social sirve para uno de estos fines. Sin embargo, nos damos cuenta de que estos estudios e investigaciones no son suficientes para subvencionar el trabajo de los “profesionales” que intervendrán en el ámbito social. La consecuencia es que la brecha entre la teoría y la práctica no permite que los proyectos de intervención orienten realmente una forma diferente de actuar, ni por parte de los profesionales ni, en consecuencia, por parte de la comunidad.

Cabe señalar que estos dos tipos de trabajo del psicólogo deben ser interdependientes: en otras palabras, el profesional no puede basarse únicamente en la práctica sin un marco teórico-metodológico, a menudo proporcionado por los académicos, quienes, a su vez, no pueden permanecer enclaustrados en universidades y centros de investigación sin contacto directo con la realidad de las comunidades y las prácticas de los profesionales. Es de suma importancia subrayar que esta disociación entre teoría y práctica mantiene el *status quo* y, por tanto, está al servicio de la ideología neoliberal que agrava, entre otras cosas, las desigualdades sociales, económicas y culturales.

Debido a todos estos problemas dentro de la psicología social comunitaria, nos damos cuenta de la necesidad de pensar en otras posibilidades de “intervención psicosocial”. Con este objetivo proponemos un marco teórico-metodológico que, a partir de los aportes del psicoanalista Jacques Lacan y de los pensadores Slavoj Žižek y Chantal Mouffe, ayude a desarrollar prácticas de intervención que, por un lado, permitan a los profesionales actuar de una forma más comprometida — una acción que escape a la lógica de victimización versus opresión, que es una forma ideológica de mantener las desigualdades sociales — y que, por otro, no estén desconectadas de la actividad investigadora.

Es en este contexto que creemos que el psicoanálisis tiene grandes e inéditas contribuciones que ofrecer, pues, además de no concebir la teoría disociada de su práctica cotidiana, al advertirnos que escuchar la demanda es diferente de satisfacerla prontamente, este campo de conocimiento nos hace romper con la mirada asistencialista que orienta la acción de algunos profesionales que actúan en el campo social y que priorizan el aspecto material (de las

necesidades) en detrimento de las urgencias subjetivas y sociales de las comunidades³ — lo que, en última instancia, es una forma ideológica de mantener las desigualdades sociales.

En este sentido, entendemos que el marco psicoanalítico, además de la escucha cualificada de la comunidad, ayuda a los profesionales a no asumir en su práctica de intervención el lugar del discurso del Amo (tal y como lo sistematizó Jacques Lacan en 1969-1970/1992), es decir, la figura del mesías, del amable salvador, o incluso del tirano. Esto significa, por un lado, no presentarse como el que tiene algo que dar (la posición por excelencia del asistencialismo) y, por otro, no presentarse como el poseedor del conocimiento que enseñará a los supuestamente “incultos” o “ignorantes” este mismo conocimiento.

En el caso del trabajo con comunidades, si el profesional intenta encarnar el Discurso del Amo, impedirá que se desencadene un proceso en el que la propia comunidad se sienta implicada en la búsqueda de lo que desea, conformándose con pedirle al profesional que lo haga (en línea con el Discurso del Hísterico, propuesto por Lacan como la respuesta discursiva por excelencia al Discurso del Amo), lo que sin duda tendrá efectos alienantes sobre la propia comunidad.

Las diferencias entre Demanda y deseo⁴ y sus implicaciones en la práctica de intervención

Partiendo de los aportes tanto de la psicología social comunitaria como del propio psicoanálisis, partimos de la premisa de que es fundamental que los profesionales conozcan a la comunidad antes de empezar a actuar. Les corresponde escuchar, acoger y problematizar las demandas de la comunidad para poder iniciar su intervención, teniendo en cuenta las historias de vida de las personas, las subjetividades, los conocimientos acumulados y, principalmente, la participación del grupo en lo que le piden al profesional.

Desde el punto de vista del psicoanálisis, este último ítem es sumamente importante, pues es fundamental que el profesional pueda distinguir entre lo que la comunidad solicita directamente y lo que, de hecho, constituye el deseo que la mueve. De lo contrario, el profesional puede caer en la trampa de intentar cumplir todas las peticiones de la comunidad, pero esto no la satisfará, por lo que es posible que esta, sin darse cuenta, intente eludir las acciones del profesional.

Para explicar mejor esta idea, utilizaremos dos conceptos psicoanalíticos, a saber: demanda y deseo. Por demanda se entiende la petición,

la apelación que el sujeto hace en busca de un complemento que puede satisfacerlo. En la demanda siempre hay una petición de restitución del *status quo ante*, de un estado previo de complementación que el sujeto supone que existe o ha existido (Quinet, 2000, p. 88).

El deseo, a su vez, es la búsqueda de algo que nunca ha existido, de algo que siempre ha estado perdido y que, por tanto, en última instancia no se puede encontrar ni sustancializar, y es precisamente esta imposibilidad la que mantiene al sujeto en constante movimiento.

Podemos asociar la demanda con lo que está en el orden del enunciado y el deseo con lo que está en el orden de la enunciación⁵, de la verdad del sujeto como causa. Por otro lado, el enunciado es simplemente lo que el sujeto dice en realidad, una enunciación es un decir que va más allá de su discurso, que lo trasciende, pero que está implícito en él, algo en lo que el sujeto está implicado, incluso sin saber exactamente de qué se trata (Bernardes, 2003). De este modo, el deseo puede aprehenderse en el discurso, pero para ello es necesario que la persona a la que se dirige el hablante escuche con atención y desapego el significado puro de las palabras. En resumen, el objetivo debe ser el sujeto, aunque forme parte de un colectivo.

El uso del término sujeto aquí se refiere a un concepto psicoanalítico de fundamental importancia y que difiere radicalmente tanto de la noción de individuo como de la noción de sujeto moderno⁶. En psicoanálisis, sobre todo a partir de la relectura que Lacan hace de la obra de Freud, se entiende por “sujeto” a alguien marcado por una división fundamental (en consciente e inconsciente) a partir de la cual su decir no coincide con su decir. Es por eso que el sujeto no se manifiesta en la coherencia de su discurso, sino solo en la ruptura de esa misma coherencia: en síntomas, chistes, sueños, actos fallidos; en otras palabras, el sujeto se manifiesta a través de lo que aparentemente no tiene significado.

Y por mucho que esté dentro de una colectividad, hay algo del sujeto que le es totalmente irreductible y que puede incluso eludir su acción; de ahí la importancia de dirigirse al sujeto. Para explicar mejor esta diferencia y su importancia para las intervenciones en comunidades, utilizaremos, a lo largo de este texto, algunos ejemplos prácticos.

En uno de los muchos trabajos que realizamos en las afueras de São Paulo, conocemos a unos técnicos del gobierno que trabajan con personas que viven en tugurios, generalmente zonas consideradas de riesgo por la Defensa Civil, y que reciben ayuda de un proyecto gubernamental de vivienda. Lo que muchos técnicos nos cuentan y nos muestran en algunas visitas son residentes que recibieron la casa “donada” por el gobierno y la vendieron, alquilaron y/o devolvieron. En detrimento de esto, la pregunta que nos hacían los técnicos era: “Estas personas estaban en una

zona de riesgo, pidieron una casa y se la dimos. ¿Cómo explicar esto?”

Algunos de los técnicos aventuraron algunas conjeturas, que generalmente reproducían la ideología dominante: “mira qué desagradecidos son realmente los pobres” o “son pobres porque quieren”. Los profesionales también cuestionaron la participación de la población en todo el proceso de traslado de los “tugurios” a las “casas nuevas”. Fue algo diseñado para la comunidad y no con la comunidad, y esto marca la diferencia porque, cuando se realiza de esta manera, la acción intervencionista refuerza la lógica asistencialista y polariza la relación, poniendo a los miembros de la comunidad primero en la posición de víctimas (sin techo) y, después de la acción gubernamental, en la posición de opresores (como si estuvieran “explotando” a otros compañeros mediante alquiler o venta o “librándose” de la propia acción gubernamental).

En este ejemplo, podemos pensar que no se ha tenido en cuenta la diferencia entre demanda y deseo: las personas pedían directamente las casas nuevas, pero quedaban en la posición de pedirle a la otra persona que trabajara para ellos. Podemos pensar que esta posición obedece a la lógica del discurso del histórico (Lacan, 1969-1970/1992): un sujeto (\$) le pide a otro en posición de amo (S1) que trabaje para producir un saber (S2) que se convertirá en beneficio del propio sujeto⁷. Se trata de una posición en la que la demanda, por muy formalmente “satisfecha” que esté, nunca cesa.

De este modo, no le corresponde al profesional de orientación psicoanalítica responder a la demanda (que se presenta en forma de reivindicación), intentar satisfacerla, porque es insatisfecha por “naturaleza”, sino que le corresponde escuchar la demanda, trabajarla y apuntar a lo que hay más allá de ella — el deseo —, en un intento de promover la participación del sujeto. Una forma aparentemente banal de hacerlo es, ante el “queremos una casa”, por ejemplo, preguntar: “¿por qué? ¿Para qué?... ¿Qué imaginas que pasará si tienes la casa?... ¿para qué se utilizará esta casa?... ¿Cómo imaginas que esta casa cambiarán tu vida?...” Es decir, estas indagaciones consisten en abstenerse de saber por qué esas personas reclaman las viviendas. Si asumimos que esto es “obvio”, perdemos la oportunidad de escuchar al sujeto y, desde esa perspectiva, no tiene ningún sentido que el psicólogo vaya a la comunidad; sería mejor simplemente enviar los ingenieros.

A partir del cuestionamiento de la demanda pueden surgir muchos temas: sueños, fantasías, sustituciones, contradicciones, entre otros. Este es nuestro material de trabajo. Vale la pena centrarse en este material y trabajar sobre él, para que todo el trabajo posterior (que incluso puede culminar en la construcción de las casas, por ejemplo) no sea en vano. Como fue el caso en el ejemplo mencionado anteriormente. Nadie se molestó en trabajar sobre la demanda de esa comunidad, en cuestionarlas, interrogarlas y, así, involucrar a los sujetos que las formulaban. Su respuesta muda fue irse. Otro motivo por el que llamamos la atención sobre esta diferencia entre lo que la comunidad pide y lo que realmente quiere es porque pensamos que, al tenerla en cuenta, el profesional tendrá más posibilidades de animar a la comunidad a pasar por un proceso de cambio de posición en relación con la lógica ampliamente difundida de victimización frente a opresión. Esto se debe a que consiste en una lógica dual, en la que la comunidad tiene que permanecer en uno de los dos polos existentes, sin posibilidad de cambio real. Lo que está implícito en esta lógica es que la comunidad solo puede dejar de estar situada en un polo (víctima) si se desplaza al polo opuesto (opresor), lo cual, dadas las condiciones de la división de clases, es poco probable que ocurra.

La consecuencia de esto es que la comunidad queda atrapada en la posición de víctima — debido a que esta posición es la única en la que puede existir, ya que no está en el polo de los opresores: se queda, por tanto, en el lugar del que exige, exigiéndole siempre al otro, normalmente al opresor, que haga algo para salir de esa situación, pero lo que obtiene como respuesta es algo que, al satisfacer esa demanda, solo mantiene el *status quo* y la insatisfacción. A pesar de que las comunidades (así como otros grupos sociales) son, en cierta medida, víctimas, debido a las condiciones de división de clases, consideramos que esta posición no debe ser ratificada, principalmente por el profesional comprometido con el cambio social, pues la posición de victimización, en la que el sujeto queda atrapado en la posición de víctima impotente, a merced de la

“buena voluntad” de otro que se considera más poderoso o más potente y que, por lo tanto, ocupará el lugar de mando, de amo en relación con la supuesta víctima, la mayoría de las veces paraliza a las “víctimas”, imposibilitándoles comprometerse o luchar por encontrar otro lugar social, ya que imposibilita la participación y la rectificación del sujeto y solo reproduce y cristaliza el discurso del Amo - discurso del Histérico.

Los conceptos de tercera vía e identidad colectiva como nuevas posibilidades para abordar la realidad social y comunitaria

En este sentido, debemos alertar contra el peligro de las polaridades —victimización vs. opresión, por ejemplo — ya que estas acaban reproduciendo la lógica del sistema capitalista que, al igual que en un juego de cartas en el que las cartas están marcadas, elige las cartas con las que la gente debe jugar. Así, si aceptamos jugar a este juego en las condiciones en las que se nos propone, nuestras posibilidades de ganar serán muy remotas.

Siguiendo el razonamiento de esta metáfora, actualmente en nuestra sociedad somos los jugadores que nos aventuramos a iniciar una partida de cartas contra un adversario experimentado que ya conoce las cartas que tenemos en la mano. Ante este empeño “quijotesco”⁸, nos creamos la ilusión de que es posible jugar a este juego propuesto por el capitalismo y salir vencedores al final. Para no enfrentarnos a la imposibilidad de dicha tarea, alimentamos un estado de letargo en el que seguimos seguros de que, con las alternativas que se nos ofrecen (las cartas ya marcadas por el sistema), somos personas libres con derecho a la libertad de elección y que vivimos en una democracia.

En detrimento de ello, es necesario trazar otro camino más allá de las alternativas marcadas; o, como nos dice Zizek (2003):

Debemos enfatizar que, hoy en día, la única manera de romper las restricciones de la mercantilización alienada es inventar una nueva colectividad. Hoy, más que nunca, la lección de las novelas de Marguerite Duras es pertinente: la manera — la única manera — de tener una relación personal (sexual) intensa y satisfactoria no es que la pareja se mire a los ojos, ajena al mundo que les rodea, sino que, aún cogidos de la mano, miren juntos hacia fuera, hacia un tercer punto (la Causa por la que ambos luchan, en la que ambos están comprometidos) (p. 105).

Lo que queremos resaltar aquí es que la única posibilidad real de cambio sociopolítico para todos y cada uno de los grupos pasa por romper con esa misma lógica dual y, por tanto, de cartas marcadas. Es decir, se hace necesario priorizar, en el trabajo con las comunidades, la construcción de una tercera vía, o un tercer punto, que escape a la dualidad (víctima v. opresor) mencionada anteriormente.

A tercera vía es “aquella en la que no me limito a elegir entre dos o más opciones dentro de un conjunto previo de coordenadas, sino que elijo cambiar el conjunto de coordenada en sí” (Zizek, 2001, p. 121)⁹. Por tanto, es necesario pensarla como una salida inédita, única para cada comunidad, que le permita situarse en la realidad de un modo que no ratifica el *status quo* vigente, refutando así la alienación que proviene de la conformidad de la víctima con las reglas dictadas por el opresor. Sin embargo, es importante resaltar que la tercera vía no debe considerarse como una solución definitiva, sino como algo que romperá cada vez con la lógica dual establecida.

Otro punto para tener en cuenta en el trabajo social de los profesionales que trabajan en comunidades es que las personas que viven en una comunidad determinada ya tienen conocimientos, experiencia y construcciones sociales que forman parte de su vida cotidiana. Ninguna comunidad puede considerarse una tabula rasa que haya que rellenar con conocimientos psicológicos y académicos. En este sentido, partimos de la idea de que el trabajo del profesional con la comunidad debe tener como objetivo, ya sea cuestionando o valorando estos constructos — pero

siempre teniéndolos en cuenta —, crear otra forma de conocimiento que permita a la comunidad cambiar su posición en relación con la lógica dual del sistema.

Lo anterior, porque pensamos que, para que haya un cambio de postura, es necesario que la comunidad salga del lugar de quienes se limitan a esperar que venga un amo a salvarlos, un amo que impone al grupo las construcciones que considera “correctas”. Por lo tanto, el trabajo del psicólogo no debe basarse en el dominio, sino que, por el contrario, debe tener como objetivo fomentar, a partir de los constructos que existen en las comunidades, la construcción de prácticas que posibiliten ese proceso en el que la comunidad pueda lidiar con las diversas tensiones que existen tanto en el propio grupo como en la sociedad — solo así la comunidad podrá prescindir del trabajo del psicólogo, ya que este no debe ser permanente, y caminar con sus propios pies, gestionando sus propios conflictos y construyendo cada vez nuevas formas de vivir y luchar por sus derechos¹⁰.

Desde esta perspectiva, el concepto de identidad colectiva nos parece interesante, ya que permite la aparición de “terceras vías”. Este concepto de identidad colectiva, tal como lo usamos aquí, es propuesto por Chantal Mouffe (1999) como un punto nodal, un punto de sutura que marca ciertos significantes (constructos) existentes en un agrupamiento colectivo y los convierte, a partir de esta marca, en un punto de identificación¹¹ para este grupo en particular. Cabe destacar que aquí utilizaremos este concepto porque creemos que, para que haya un proceso de cambio social, entendido como la construcción de una tercera vía, es necesario que la comunidad inicie primero un proceso de construcción de una identidad colectiva que sea capaz de garantizar que el grupo organizado tenga mayores posibilidades de asumir su historia e involucrarse con ella, para romper con la lógica de victimización v. opresión, que ha sido ampliamente enfocada en este trabajo.

Para que se pueda entender mejor esta idea, citamos lo que la propia Chantal Mouffe nos cuenta al respecto:

Ampliando la visión de Freud, Lacan muestra la pluralidad de registros — simbólicos, reales e imaginarios — que penetran en toda identidad, y muestra también el lugar del sujeto como el lugar de la falta, que — aunque se presente dentro de una estructura — es el lugar del vacío que al mismo tiempo subvierte y es la condición para la constitución de toda identidad. La historia del sujeto es la historia de sus identificaciones y, por tanto, no hay una identidad oculta que deba ser rescatada, más allá de la última identificación. Se produce, por tanto, un doble movimiento: por un lado, un movimiento de descentramiento que evita fijar un conjunto de posiciones en torno a un punto preconstituido. Por otra parte, y como resultado de esta inestabilidad esencial, se desarrolla el movimiento opuesto: la institución de puntos nodales, fijaciones parciales que limitan el flujo del significado por debajo del significante. Sin embargo, esta dialéctica de inestabilidad/fijación solo es posible porque la estabilidad no está dada de antemano, porque ningún centro de subjetividad precede a las identificaciones del sujeto (Mouffe, 1999, p. 109).

Cabe señalar que los movimientos sociales son una de las formas en que las comunidades se organizan y forman en torno a una identidad colectiva. En este sentido, podemos ver que estos movimientos hacen identificaciones con un significante, por ejemplo, en el caso del Movimiento Sin Tierra (MST), el significante tierra, alrededor del cual se reúnen las personas que se identifican con la causa de la lucha por la tierra. Podemos citar otros ejemplos que siguen la misma lógica: el significante vivienda — el Movimiento de los Sin Techo; el significante mujer — el Movimiento Feminista, y así sucesivamente¹².

Es interesante señalar que, si bien el término *identidad* está inextricablemente ligado a los ideales e identificaciones, la mayoría de las veces imaginarios¹³, contruidos por un grupo, es la única posibilidad de que los individuos se asocien en un colectivo. Desde esta perspectiva, Sigmund Freud ya señalaba la importancia de las identificaciones para la vida en sociedad. En el texto “¿Por qué la guerra?” (Freud, 1933/1996c), tomó una posición explícita al respecto. En sus palabras:

Todo lo que favorece el acercamiento emocional entre las personas debe ir en contra de la guerra. Estos enlaces pueden ser de dos tipos. En primer lugar, pueden ser relaciones similares a las que se mantienen con un objeto amado, aunque no tengan una finalidad sexual. El segundo vínculo emocional es lo que utiliza la identificación. Todo lo que lleva a los hombres a compartir intereses importantes produce esta comunión de sentimientos, estas identificaciones. Y en ellas, a gran escala, se basa la estructura de la sociedad humana (p. 205).

Incluso Jacques Lacan, al final de su enseñanza, en el Seminario XXII, RSI, no se retractó de su identificación con el grupo. En sus palabras: “Lo que deseo es la identificación con el grupo, porque es cierto que el ser humano se identifica con un grupo; cuando no lo hace, es un fracasado, está aislado. Pero, con esto, no digo hasta qué punto deben identificarse” (Lacan, 1974-1975, pp. 64-65).

Además, tenemos claro que la noción de colectividad (y los procesos identificatorios que la constituyen) es esencial para la misma noción de política, por muy complicado (incluso imposible, dirían algunos) que sea formar y mantener un colectivo que no choque en última instancia con lo subjetivo¹⁴.

El concepto de *identidad colectiva* utilizado aquí nos remite a la idea de que ninguna identidad puede ser fija e inmutable; al contrario, debe considerarse como “puntos temporales de apego a las posiciones de sujeto que las prácticas discursivas construyen para nosotros” (Hall, 2000, p. 112) y, por tanto, es algo que, al igual que el concepto de tercera vía, debe buscarse cada vez — no puede pensarse como una solución universal y atemporal —.

Finalmente, un último aspecto a destacar es que esta propuesta de intervención psicosocial, tal y como se plantea aquí, pretende que los profesionales que trabajan con las comunidades observen que la comunidad no está desconectada de la propia estrategia de intervención. Esto se debe a que, en el psicoanálisis lacaniano, la intervención es en acción, es decir, ocurre en el momento exacto en que algo fue dicho o hecho por el grupo que permite una ruptura en el significado de lo construido hasta ese momento.

De este modo, el acto en cuestión es una intervención “capaz de romper el ciclo de repeticiones y suspender la red de diferenciales que da forma a nuestro universo simbólico” (Safatle, 2003, p. 185), y debe ser pensado como una “categoría puramente negativa... a pesar del establecimiento (positivo) de una 'nueva armonía' a través de la intervención de algún Significante-Amo nuevo” (Zizek, 2000, p. 159). En otras palabras, frente a la tentación de proporcionar un significante o una significación última que diga qué es la comunidad y en qué “buena” posición debe estar *ad infinitum*, la noción de acto le permite al profesional de orientación psicoanalítica poner en cuestión precisamente aquellos significantes y significaciones positivizados que solo le permiten a la comunidad actuar de forma repetitiva y alienada.

En este sentido, el concepto de acto “se casa” con el de identidad colectiva y de tercera vía: cada vez que esta identidad se transforma en algo fijo y no dialectizable dentro de una comunidad o grupo político, en algo de lo que se apropia la lógica dual, se hace necesario un “acto revolucionario” que les haga replantearse esta posición y buscar una “nueva” tercera vía, un acto que pueda ser puesto en marcha por un miembro de la propia comunidad o grupo colectivo. Sin embargo, para que este movimiento sea incesante, no es necesario que la comunidad se ajuste a la diada Discurso del Histérico (posición de la demanda)-discurso del Amo (posición del que intenta satisfacer la demanda), sino que, por el contrario, se coloque al deseo como motor del engranaje — lo cual, siguiendo la lógica de las cuatro estructuras discursivas propuestas por Lacan, solo puede encontrarse en el Discurso del Analista (lo que no requiere necesariamente que el agente sea un psicoanalista, sino alguien que, ocupando el lugar del vacío (*a*), incita al sujeto (\$) a buscar los significantes amos (S_1) de su historia, o de la

historia de la comunidad, y, a partir de su resignificación, obtener un nuevo saber (S₂).

Consideraciones finales

A través de este texto mostramos la responsabilidad que deben tener los profesionales que estén dispuestos a trabajar con intervenciones psicosociales en el contexto social y comunitario. Esto se debe a que, si no se es consciente de ello, la intervención de estos profesionales puede basarse simplemente en ajustar a un determinado colectivo a las normas del sistema capitalista, algo que en nuestra práctica diaria no es infrecuente: un ejemplo de ello es que una de las exigencias casi naturalizadas en la actuación no solo de los psicólogos, sino también de otros profesionales, es que todo proyecto social debe ser viable a efectos de mercado, es decir, debe generar ingresos para ese colectivo o para la institución que lo organiza. En la lógica capitalista, si un profesional pone en marcha proyectos sociales con la intención de que la comunidad gane dinero con la venta de sus artesanías, su cultura, objetos sagrados, entre otros, es porque pretende que el grupo sea autosuficiente y, por tanto, merecen dinero de las empresas y del propio gobierno.

No pretendemos defender la idea de que la generación de ingresos no es importante para una comunidad, pero para un psicólogo social hay otros puntos fundamentales que deben ser considerados, como la posibilidad de una comprensión colectiva de la realidad de la comunidad y la consecuente formación de lazos que le permitan enfrentarla y cambiarla, porque estos son valores importantes que no deben ser comercializados o banalizados por consumidores y turistas desprevenidos. Lo primero y más importante debe ser la defensa de la integridad humana y, por tanto, el apoyo financiero a obtener debe ser pensado para legitimar esta causa, y no para desvirtuarla.

Esta afirmación puede parecer demasiado utópica, pero creemos que los psicólogos sociales pueden ayudar más a la sociedad si señalan las relaciones que causan sufrimiento e injusticia y hacen hincapié, de forma razonada, en la importancia de mantener relaciones psicosociales que respeten las diferencias y preserven la vida humana, haciendo posible la construcción de una sociedad más justa.

Como pudimos verificar, en este artículo defendemos propuestas sobre cómo llevar a cabo un proceso de intervención que estudiantes y profesionales puedan utilizar en su práctica. Hemos dejado claro que no se trata de procedimientos para aplicar mecánicamente, sino todo lo contrario, porque esta propuesta pretende ser praxis, es decir, pretende que se produzca una interacción entre la teoría y la práctica. En este sentido, lo que proponemos son formas de ayudar a los profesionales, estudiantes e investigadores que trabajan en el campo social a recolectar sus datos, proporcionar una base teórico-metodológica para su intervención y, así, ayudar a desencadenar un proceso de cambio socio-político en la comunidad, pues creemos que una gran parte de las prácticas existentes todavía obedecen a la lógica de las cartas marcadas. Sin embargo, queremos subrayar que este texto no pretende ser la única palabra sobre prácticas intervencionistas, sino el inicio de una praxis que cuenta con la colaboración de todo profesional que acepte este reto de pensar la práctica.

Dicho esto, otro aspecto a destacar es que, a medida que se desarrolle el trabajo, los profesionales podrán ampliar esta propuesta o incluso desarrollar otros elementos que respondan mejor a la realidad de la comunidad en la que están trabajando, porque cualquier propuesta de este tipo requiere cuidado y reflexión por parte del profesional para reconocer la peculiaridad de cada comunidad y así no encajarla en modelos preexistentes. Esto se debe a que la acción del profesional no se debe pensar para la comunidad, sino con la comunidad, para que ambos puedan

construir conjuntamente estrategias de acción.

Precisamente por eso, lo que proponemos es que el profesional, a partir de lo observado en la comunidad, pueda sistematizar los datos y destacar, a la luz de los diversos aspectos, los elementos que considera esenciales para establecer un proceso de cambio social. A modo de ejemplo, sugeriremos algunos que están en línea con la propuesta que hemos venido desarrollando hasta ahora, a saber: ¿cuáles son las demandas encontradas y la participación del grupo en ellas?, ¿cuáles son las prácticas colectivas que se deben fortalecer? ¿por qué?, ¿cuáles son los caminos posibles para romper la lógica de victimización v. opresión?, ¿cuáles son los puntos de fijación parcial percibidos con la comunidad?...

Después de esta reflexión, nos corresponde a nosotros, los psicólogos, teniendo en cuenta lo observado y las intervenciones reales realizadas por él, elaborar, junto con la comunidad, ya que está involucrada en un proceso de cambio de posición (víctima v. opresor), nuevas estrategias de organización y demandas que rompan con la lógica establecida. ¡Esto es lo que concebimos como el papel del profesional involucrado y comprometido con el contexto social y comunitario en el que actúa!

Notas

- ¹ Como ejemplo de este hecho cabe destacar el desarrollo de la metodología de investigación denominada Investigación-Acción o investigación que prevé, en su estructura, la acción directa del psicólogo en la comunidad, y el relato reflexivo de su acción puede convertirse en su investigación.
- ² Destacamos que, en este texto, se menciona a menudo a los psicólogos sociales, ya que es de ahí de donde partimos. Sin embargo, queremos que todos los profesionales que trabajan en comunidades e instituciones se sientan como participantes y puedan reflexionar (y contribuir) a esta propuesta.
- ³ No queremos argumentar aquí que los profesionales que trabajan en las comunidades deban desentenderse de la materialidad de la realidad social con la que se encuentran (pobreza, malas condiciones de vida, falta de generación de ingresos, etc.), sino que, al ser conscientes de esta realidad, deben ofrecer a la comunidad una nueva forma de posicionarse frente a ella. Al fin y al cabo, un grado considerable de materialidad forma parte de la vida de todas las personas (o, dicho de otro modo, un grado considerable de la vida de las personas forma parte de la materialidad), y los psicólogos deben estar preparados para tratarla en diferentes contextos: comunidades, hospitales, empresas e incluso en la clínica.
- ⁴ Lacan siempre escribió “Demanda” con “D” y “deseo” con “d” para diferenciar estos dos conceptos en las fórmulas y gráficos utilizados en la composición de la teoría psicoanalítica.
- ⁵ Aquí es importante subrayar que estamos utilizando los conceptos de “enunciado” y “enunciación” tal como los concibe el psicoanálisis, lo que difiere del uso que hacen la lingüística y la filosofía, especialmente el filósofo inglés John Austin (1970).
- ⁶ Por “sujeto moderno” nos referimos a la concepción de un sujeto cartesiano, un sujeto que piensa racionalmente y que existe como resultado de ese pensamiento racional. El sujeto lacaniano, a su vez, a pesar de ser también sujeto de pensamiento, es sujeto de pensamiento inconsciente (no racional). El pensamiento inconsciente se diferencia del consciente en que obedece a una lógica distinta: en la lógica inconsciente se produce la unión de elementos aparentemente opuestos, la noción del tiempo no es cronológica y los motivos son siempre pasionales.
- ⁷ La lógica de los cuatro discursos, sistematizada por Lacan (1969-1970/1992), implica una estructura de cuatro lugares y cuatro términos que circulan en esos lugares (circulación que siempre se produce en el sentido de las agujas del reloj). Los términos son: \$ (sujeto), S1 (primer significante o significante maestro), S2 (conocimiento producido a partir del S1) y a (más de goce

que, en alusión al concepto marxista de plusvalía, consiste en un goce no contabilizado, un excedente de goce que no entra en la cuenta del sujeto). En el discurso del Amo, es S1 quien está en posición de mando, el significante amo que, siendo amo, ordena a su subordinado S2 que trabaje para producir conocimiento, trabajo que producirá más goce (*a*) que no será contado como trabajo de S2 y será utilizado por S1. Sin embargo, lo que permanece oculto, y que constituye la verdad del amo como sujeto (\$), es que no solo S2 (esclavo) está subordinado a S1 (amo), sino que S1 (amo) también necesita a S2 (esclavo), necesita que S2 siga trabajando para que los engranajes sigan funcionando. A su vez, en el discurso del histérico, quien manda es \$ (sujeto), quien le solicita a otra persona que se encuentra en el lugar del amo (S1) que trabaje para producir conocimiento (S2) que se convertirá (*a*) en beneficio del mismo sujeto — una ganancia subjetiva que no se contabiliza. A través de la díada discurso del amo - discurso del histérico, lo que ocurre es precisamente que el engranaje sigue funcionando porque tanto el amo como su subordinado ganan algo con ello: el amo, como opresor, es el mandatario de su supuesta víctima, pero, a su vez, la supuesta víctima tiene una ganancia secundaria por obedecer al amo, porque se ve liberada de tener que pensar, de tener que actuar por sí misma, solo tiene que obedecer el mandato del amo opresor. Así, la condición de opresión no hace más que perpetuarse.

⁸ Referencia al personaje de Don Quijote, de la obra de Miguel de Cervantes, quien, frente a los molinos de viento que parecían monstruosos dragones, lanzaba puñetazos con la ilusión de que podían golpearlos.

⁹ Un ejemplo proporcionado por el mismo Zizek de cómo cambiar un conjunto de coordenadas previamente dadas es que, ante el dilema “bombardear Serbia o no bombardear Serbia” en el conflicto de 1995, dijo: “Como izquierdista, mi respuesta al dilema ‘¿bombardear o no bombardear?’ es: las bombas no son suficientes y llegan demasiado tarde” (Zizek, 2005, p. 70).

¹⁰ Es importante subrayar este punto, ya que va en contra de la labor de algunos profesionales que intervienen de tal manera que hacen a las personas dependientes de su trabajo y de sus acciones y, por tanto, no ayudan a la comunidad a involucrarse en y responsabilizarse de la construcción de su propia historia.

¹¹ Vale la pena subrayar que el proceso de identificación, tal como lo entiende el psicoanálisis, no se limita a la configuración de una identidad (ya sea singular o colectiva). Sin embargo, teniendo en cuenta que los seres humanos, sobre todo en la época contemporánea, son incapaces de prescindir por completo de una “ilusión” identitaria y la mayoría de las veces se aferran a una representación que tienen de sí mismos (aunque no sea más que una ficción o fantasía), es importante pensar que la lógica subyacente a las organizaciones sociales también requiere un cierto soporte identitario que solo puede consolidarse a través de los procesos de identificación con el grupo. Estas identidades, que se constituyen tanto en el yo como en los grupos, tienen un carácter profundamente ilusorio, pero son estructurantes tanto para el sujeto como para las comunidades. Sin embargo, es importante que el sujeto no se fije demasiado en dichas ficciones, para no quedar inmóvil por estar sujeto a ellas.

¹² Para más detalles, ver: Lara Junior y Prado (2003).

¹³ La relación entre los ideales y las identificaciones con los aspectos imaginarios de la psique humana está muy claramente delineada en el texto freudiano “Psicología de grupo y análisis del yo” (1921/1996a).

¹⁴ Esta imposibilidad ya fue explicada detalladamente por Freud en su texto “La civilización y sus descontentos” (1930/1996b).

Referencias

- Achcar, R., Silva, R. C. da, Maluf, M. R., Nunes, M. I. t., Zanelli, J. C., Bomfim, E. de M., Bastos, A. V., Lo Bianco, a. C., & duran, a. P. (2001). *Psicólogo Brasileiro: práticas emergentes e desafios para a formação*. São Paulo: Casa do Psicólogo.
- Álvaro, J.I. & Garrido, A. (2003). *Psicología Social. Perspectivas psicológicas y sociológicas*. Madrid: McGraw-Hill.
- Austin, J. (1970). *Quand dire c'est faire*. París: Seuil.
- Bernardes, A. (2003). *Tratar o impossível: a função da fala na psicanálise*. Río de Janeiro: Garamond.
- Figueiredo, I. C. (1998). *Matrizes do pensamento psicológico*. Petrópolis, RJ: Vozes.
- Freitas, M. F. Q. (1994). Práticas en comunidad y psicología comunitaria. En M. Montero (Org.), *Psicología social comunitaria. Teoría, método y experiencia* (pp. 139-166). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Freud, S. (1996a). Psicología de grupo e análise do ego. En *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas* (Vol. 28 pp. 191-208). Río de Janeiro: Imago. (Original publicado en 1921).
- Freud, S. (1996b). O mal-estar na civilização. En *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas* (Vol. 21 pp. 67-153). Río de Janeiro: Imago. (Original publicado en 1930).
- Freud, S. (1996c). Por que a Guerra? En *Edição standard brasileira das obras psicológicas completas* (Vol. 21 pp. 191-208). Río de Janeiro: Imago. (Original publicado en 1933).
- Hall, S. (2000). Quem precisa de identidade? En t. t. Silva (Org.), *Identidade e diferença - A perspectiva dos estudos culturais* (pp. 103-33). Petrópolis, RJ: Vozes.
- lacan, J. (1969-1970/1992). *O Seminário, Livro 17: o avesso da psicanálise*. Río de Janeiro: Jorge Zahar.
- lacan, J. (1974-1975). *O Seminário, Livro 22: RSI*. Edición no comercial.
- lara Junior, N. & Prado, M. a. M. (2003, diciembre). A mística e a construção da identidade política entre os participantes do Movimento dos trabalhadores Rurais Sem terra do Brasil: um enfoque psicossociológico. *Revista Electrónica de Psicologia Política*, 1(4). Acceso el 26 de junio, 2004 en http://www.psicopol.unsl.edu.ar/notas/diciembre_notas3.html
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo. Conceptos y Processos*. Buenos Aires: Paidós.
- Mouffe, C. (1999). *El retorno del político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós.
- Quinet, a. (2000). *A descoberta do inconsciente*. Río de Janeiro: Jorge Zahar Ed.
- Reboredo, I. a. (1983). *A transformação de um bairro operário numa comunidade: um estudo da psicologia social do quotidiano*. Tesis de Maestría, Programa de Estudios de Posgrado en Psicología Social, Pontificia Universidade Católica de São Paulo.
- Rodríguez, M.a. (1997). *Corrientes teóricas en psicología social. Desde la psicología social experimental hasta el movimiento construccionista*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Saavedra, M. C. (2002). *Dom Quixote de la Mancha*. São Paulo: Nova Cultural. (Original publicado en 1794).
- Safatle, V. (2003). Posfácio. En S. Zizek, *Bem-vindo ao deserto do real: cinco ensaios sobre o 11 de*

- setembro e datas relacionadas* (pp. 179-191). São Paulo: Boitempo.
- Zizek, S. (2000). *The ticklish subject*. Londres: Verso. Zizek, S. (2001). *On belief*. Londres: Routedje.
- Zizek, S. (2003). *Bem-vindo ao deserto do real: cinco ensaios sobre o 11 de setembro e datas relacionadas*. São Paulo: Boitempo.
- Zizek, S. (2005). Multiculturalismo ou a lógica cultural do capitalismo nacional. En C. dunker & J. l. a. Prado (Orgs.) *Zizek Crítico. Política e Psicanálise na era do Multiculturalismo* (pp. 11-45). São Paulo: Hacker.

Intervenciones psicosociales en comunidades: aportes desde el psicoanálisis

Nadir Lara Junior y Cynara Teixeira Ribeiro